



Mira hacia arriba

«Por lo tanto, cuando todas estas cosas comiencen a suceder, pónganse de pie y levanten la mirada, ¡porque la salvación está cerca!».

Lucas 21: 28, NTV

¿Alguna vez te has preguntado cómo acabará nuestro mundo? En diciembre de 2021, mi amigo Pablito me invitó a ver la película *Don't Look Up* [no mires hacia arriba], protagonizada por Leonardo DiCaprio y Jennifer Lawrence. La trama gira en torno a dos astrónomos que descubren que un gigantesco cometa se dirige hacia nuestro planeta.

Frente a la amenaza, los medios de comunicación optan por pasar por alto el tema en favor de noticias más «alegres», como los últimos chismes de la farándula. Los empresarios se oponen a la destrucción del cometa, argumentando que contiene minerales y tierras raras que podrían ser aprovechados. Por último, el gobierno y los políticos, temerosos del pánico y de rendir cuentas, lanzan una extensa campaña instando a la gente a «no mirar hacia arriba», con el fin de ocultar la inminente destrucción.

Claramente, el mensaje de esta película es que el cambio climático representa una amenaza para la destrucción de nuestro planeta. Mientras tanto, gobiernos, medios de comunicación y empresarios manipulan a la sociedad para evitar que «miremos hacia arriba» y tomemos conciencia de que estamos contribuyendo a la destrucción del planeta.

Si le preguntáramos a Jesús cómo acabará el mundo, ¿qué crees que nos contestaría? En Mateo 24 Jesús señaló que nuestro planeta no llegará a su destrucción como resultado del cambio climático, tampoco lo destruirá una guerra nuclear ni un asteroide. El fin de nuestro mundo estará precedido por la predicación del «evangelio del Reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones» (Mat. 24: 14). Entonces «se verá en el cielo la señal del Hijo del hombre [...] y él mandará a sus ángeles con una gran trompeta, para que reúnan a sus escogidos de los cuatro puntos cardinales» (Mat. 24: 30-31).

Como el final estará marcado por la segunda venida de Jesús y la reunión de sus escogidos en su reino, el mismo Cristo nos dice en Lucas 21: 28 que cuando veamos que las señales se empiecen a cumplir hemos de «mirar hacia arriba», de donde procede nuestra salvación. Por eso hoy te invito a mirar hacia arriba, donde está Aquel que tiene en sus manos el control del mundo y de tu vida. Jesús viene pronto. La salvación está cerca.



El síndrome «doña Florinda»

«Queridos hermanos, si Dios nos ha amado así, nosotros también debemos amarnos unos a otros».

1 Juan 4: 11

Cuando Roberto Gómez Bolaños (Chespirito) creó la comedia El Chavo del 8 en 1973, jamás imaginó que el personaje de «doña Florinda» tendría un impacto en la comprensión de un aspecto de la conducta humana. Si has visto la comedia, recordarás que doña Florinda era una viuda pobre con un único hijo, Quico, a quien consentía. Lo notable es que doña Florinda se consideraba superior a los demás, refiriéndose a ellos como «chusma».

Algunos años después del estreno de la comedia, el autor Rafael Ton acuñó la expresión «síndrome doña Florinda» para describir a un pobre que odia a los pobres. Ton señala que hay un sector de la sociedad que, al mejorar su nivel de vida, muestra desdén hacia los demás en su «vecindad» y se molesta ante la perspectiva de que estos tengan las mismas oportunidades de progreso y bienestar que ellos alcanzaron.

En la Biblia hubo un profeta al que podríamos tildar de haber padecido el «síndrome doña Florinda». Me refiero a Jonás, que después de haber huido de la presencia de Dios y haber sido condenado a morir ahogado en el embravecido mar, recibió una segunda oportunidad cuando Dios lo salvó mediante el gran pez que se lo tragó. Contrario a lo que podría pensarse, la experiencia de Jonás en el vientre del pez no fue un castigo, sino su salvación. Por esta razón, al final de su plegaria, Jonás concluye que «¡solo tú, Señor, puedes salvar!» (Jonás 2: 9). Pero en los capítulos 3 y 4, el mismo Jonás que fue rescatado por la gracia de Dios ¡se enoja cuando la gracia se extiende hacia los ninivitas!

Lamentablemente, el síndrome doña Florinda persiste, no solo en la sociedad, sino también en las vidas de muchos seguidores de Cristo. Experimentamos alegría cuando Dios perdona nuestras continuas caídas, pero nos enfadamos cuando extiende su perdón hacia nuestro prójimo, a quienes consideramos «chusma», inferiores e indignos de la gracia celestial. ¡Qué contradicción!

Por tanto, cada vez que este síndrome me tienta, recuerdo la pregunta con la que Dios concluye el libro de Jonás. Al hacérsela a Jonás, en realidad me la está haciendo a mí, y también a ti: «¿Y no tendré yo piedad de Nínive?» (Jonás 4: 11). En el día de hoy, ¿no debería tener yo piedad de mis semejantes? ¿Contaré con la valentía de amar a los demás, así como Dios me ama a mí?





¡Quita los adornos!

*«Si alguien se alegra, alégrese con él;
si alguien está triste, acompáñenlo en su tristeza».*
Romanos 12: 15, NBV

El 3 de febrero de 2021, Sara Pascucci encontró una carta anónima en su buzón que la reprendía por mantener las decoraciones navideñas frente a su casa. El mensaje finalizaba con las palabras: «Quita ya las luces navideñas, ¡casi es San Valentín!». Sara no se molestó; al contrario, se sintió herida, pues su padre, que vivía con ella, había fallecido el 15 de enero de ese mismo año, víctima de la COVID-19.

El padre de Sara había puesto las decoraciones poco después del Día de Acción de Gracias. Tras su fallecimiento, Sara no había tenido la fuerza para quitarlas, por lo que la carta resultó ser un golpe doloroso para ella. Inmediatamente, compartió la carta en el grupo de madres de Facebook de su comunidad y comentó: «Hemos estado muy atareados con los arreglos funerales y el proceso de luto. No, no hemos quitado los adornos de Navidad, pero te pedimos que seas amable con todos, pues uno nunca sabe por lo que el otro está pasando».*

De inmediato, el buzón de Facebook de Sara se llenó de mensajes de solidaridad. A su casa llegaron flores, canastas de alimentos y tarjetas, y se organizó una recolecta para ayudar con los gastos del funeral. Sin embargo, lo más sorprendente fue que muchos de sus vecinos volvieron a colocar sus decoraciones navideñas como muestra de empatía. Aunque la Navidad ya había pasado, a mediados de febrero las luces volvieron a brillar en la comunidad de Bethpage.

En el versículo de hoy, Pablo nos recuerda que ser cristiano va más allá de la relación interna entre Dios y uno mismo. También implica ponerse en los zapatos de los demás, mostrando empatía, solidaridad y compasión. Incluso podría llevar a acciones tangibles, como redecorar la casa, para demostrar que compartes la tristeza y el dolor del prójimo. Dado que el segundo mandamiento más importante del cristianismo es amar al prójimo «como a ti mismo», la empatía nunca pasará de moda y siempre debería ser una tendencia en la vida de los cristianos. Hoy, observa a tu alrededor, quizás Dios te esté llamando a mostrar compasión hacia alguien. Puede que solo se necesite una palabra, o tal vez se requiera redecorar tu casa para expresar ese amor y apoyo.



El sillón de Gaby

«Pues si ustedes, que son malos, saben dar cosas buenas a sus hijos, ¡cuánto más el Padre celestial dará el Espíritu Santo a quienes se lo pidan!».
Lucas 11: 13

Por lo general, cuando deseo obtener más información sobre un tema bíblico o comprender mejor un pasaje de las Escrituras, dedico tiempo a la lectura y al estudio del mismo, explorando su contexto y su teología. Sin embargo, recientemente, logré una comprensión más profunda del versículo de hoy, no a través del estudio, sino debido a un cambio en mi vida.

Hace poco compartí contigo mi experiencia al descubrir que estábamos esperando nuestro primer hijo. Cuando faltaban cuatro meses para el parto, decidimos adquirir algunos de los muebles esenciales para el cuidado del bebé. Varios amigos me aconsejaron comprar un sillón amplio y cómodo para que Gaby pudiera amamantar. Así que nos dirigimos a la tienda para explorar las opciones disponibles.

La vendedora que nos asistió nos presentó un sillón que era bastante “popular”, pero al verlo, lo rechacé de inmediato, ya que era de tela y parecía propenso a ensuciarse fácilmente. Luego, nos mostró uno de cuero, pero me pareció demasiado pequeño. Cuando buscó un sillón más grande, lo rechacé porque no tenía la opción de mecerse. Cuando encontró uno que también se mecía, objeté que podría rayar el piso de la habitación. Después, cuando me presentó uno de cuero, amplio, con mecedora y que no dañaría el suelo, noté que el sistema de reclinado no era eléctrico, así que le dije: «No quiero que Gaby tenga que tirar de una palanca mientras carga al bebé con la otra mano».

Después de tantas exigencias, la vendedora nos consiguió un sillón que logró llenar mis expectativas, aunque me advirtió que su precio sería considerablemente mayor que el del primer sillón que me había mostrado. «No importa —le dije—, es mi hijo y le voy a dar lo mejor que esté a mi alcance. Deme ese sillón».

Después de esa experiencia, comprendo mucho mejor cómo funciona la oración. No solo porque constantemente elevo peticiones a Dios, sino también porque ahora, como padre, me preocupo por darle lo mejor a mi hijo. Reflexionando sobre esto, me doy cuenta de que si yo, siendo malo e imperfecto, me esfuerzo por dar lo mejor a mi hijo, ¿cuánto más no hará Dios, que es bueno y perfecto? Te animo a presentar tus peticiones a Dios, pero ten en cuenta que, mientras tal vez estés orando por un sillón de tela, Dios podría estar preparándote un sillón de cuero, reclinado, eléctrico y amplio...





«*Alea iacta est*»

«Como se acercaba el tiempo de que fuera llevado al cielo, Jesús se hizo el firme propósito de ir a Jerusalén».

Lucas 9: 51, NVI

Las palabras que conforman el título de la reflexión de hoy fueron pronunciadas por Julio César el 10 de enero del año 49 a. C., mientras cruzaba con su ejército el río Rubicón, ubicado en el norte de Italia. La traducción de esta expresión es: «La suerte está echada». Suetonio, el historiador romano, relata que con estas palabras Julio César se rebeló contra el senado romano, dando así inicio a una guerra civil que culminó con la derrota de los pompeyanos y el ascenso de Julio César al poder como gobernante del imperio romano. A partir de entonces, «*Alea iacta est*» se ha usado para expresar determinación, inevitabilidad o indicar que un curso de eventos ha superado el punto de no retorno.

La determinación es una característica necesaria para completar un proyecto, lograr una meta propuesta y alcanzar el éxito en cualquier ámbito. Lucas 9: 51 presenta a un Jesús determinado a salvar a la raza humana y «cuando se cumplió el tiempo» (RV95), Jesús ratificó su firme propósito de ir a Jerusalén.

Hay dos elementos que me llaman la atención en este versículo. En primer lugar, Dios no dejó al azar nada de lo que ocurrió en la vida de Jesús. El Maestro no se limitó a reaccionar ante las circunstancias, él sabía cuál era su misión y todas sus decisiones giraban en torno a ella. De hecho, la frase «cuando se cumplió el tiempo» se usa en la Biblia para indicar el cumplimiento de los deseos de Dios (ver Gálatas 4: 4).

En segundo lugar, vemos cómo Jesús demostró su determinación al centrarse en el cumplimiento de su misión. Aunque Lucas sugiere que Jesús podría haber tenido varias opciones, quizás numerosas aldeas que necesitaban escuchar su mensaje o recibir su toque sanador, él permaneció firme en su decisión. No permitió que nada lo distrajera y avanzó hacia Jerusalén, hacia la cruz y hacia la victoria sobre el mal.

La determinación jugó un papel crucial en la búsqueda de poder de Julio César y también fue un factor clave en el ministerio de Jesús. Hoy te animo a expresar la misma determinación que Jesús en tus aspiraciones. Elimina de tu camino cualquier distracción y cuando el desánimo aparezca, repite como Julio César: «*Alea iacta est*». La suerte está echada.



Descubre tu armadura

«David se colgó la espada, pero como no estaba acostumbrado a usar armadura, no podía ni caminar. Así que le dijo a Saúl: "Yo no estoy acostumbrado a usar esto, y no puedo ni caminar". Y se quitó la armadura». 1 Samuel 17: 39

La historia de David y Goliat es uno de los relatos bíblicos más conocidos y a la vez, a menudo, malinterpretados. Comúnmente, vemos a David como un joven inexperto que, de manera milagrosa, impacta con una piedra al experimentado Goliat. Sin embargo, este relato es mucho más complejo.

Quizás la razón principal por la cual tendemos a mirar a David con cierta lástima es porque caemos en el mismo error que Saúl y Goliat. Inicialmente, Goliat desafiaba a Israel buscando un hombre para un combate *cuerpo a cuerpo* (1 Samuel 17: 8-9). Cuando el rey Saúl ve que David está decidido a enfrentar al gigante, lo equipa para un enfrentamiento *cuerpo a cuerpo* (1 Samuel 17: 39-39).

Samuel crea la expectativa de presenciar una lucha cuerpo a cuerpo, pero David no es un luchador de ese tipo. Hasta hace poco, los ejércitos estaban compuestos por infantería, caballería y artillería. Goliat y Saúl eran soldados de infantería, pero David pertenecía a la artillería. Su habilidad no residía en el combate con espada, sino en atacar objetivos a distancia. Los honderos eran tan letales que podían aniquilar por sí solos a toda una ciudad (2 Reyes 3: 25). De hecho, Israel contaba con un grupo selecto de soldados zurdos «que manejaban tan bien la honda que podían darle con la piedra a un cabello, sin fallar nunca» (Jueces 20: 16).

Todos "tenemos dones diferentes, según la gracia que se nos ha dado" (Romanos 12: 6, NVI), pero al igual que le sucedió a David, a menudo encontrarás personas bien intencionadas que querrán que enfrentes la vida siguiendo patrones que no se adaptan a tus habilidades. Intentar luchar con una armadura que no te corresponde puede resultar en dificultades incluso para caminar. Para alcanzar el éxito en la vida, es esencial conocerte a ti mismo, comprender tus límites, reconocer los dones y talentos que Dios te ha otorgado y tener la valentía de rechazar las «armaduras» que no se ajusten a tu personalidad. El secreto de David radicaba en comprender sus fortalezas. ¿Ya has descubierto las tuyas?





¿De qué tamaño es tu copa?

«Mi copa se desborda de bendiciones».

Salmos 23: 5, NTV

Mientras estudiaba sobre algunas tradiciones judías, descubrí un ritual conocido como *havdalá*, que se realiza para marcar la despedida del sábado. En esta ceremonia, se vierte vino en una copa colocada sobre un platillo. Quien lleva a cabo el *havdalá* debe verter el vino hasta que la copa se llene y el líquido rebose, cayendo sobre el platillo. Este acto simboliza el deseo de que las bendiciones de la semana sean suficientes para cubrir tus necesidades (llenar la copa) y, al mismo tiempo, sean abundantes para bendecir a los demás.

Me parece que esta costumbre representa una excelente filosofía para el manejo de nuestro dinero. La acción de llenar la copa me hace reflexionar sobre mi responsabilidad de proporcionar primero para mis propias necesidades y las de mi familia. No obstante, al verter el vino en el platillo, se subraya la importancia de generar más allá de lo necesario diariamente, asegurando que mi abundancia se convierta en una bendición para aquellos que más lo necesitan. En otras palabras, el desbordamiento de mi copa debe ser un recordatorio de que no soy el epicentro del universo, sino que existen personas que requieren de mi ayuda. Como cristiano, siento que es mi deber ayudarles a satisfacer sus necesidades, una vez que he asegurado el bienestar de mi familia.

Ciertamente, atender tus propias necesidades es una preocupación fundamental, pero no debería limitarse únicamente a eso. Aunque satisfacer las necesidades de tu familia es crucial, reconocer que esto no es suficiente para alcanzar la prosperidad es esencial. En este sentido, la adecuación del tamaño de mi copa adquiere relevancia, siendo esta una representación simbólica de mis propias necesidades.

Algunos cristianos pueden creer en la idea de vivir de manera austera, negando sus necesidades y entregándolo todo al prójimo. No obstante, la Biblia no respalda esa enseñanza. Dios desea que disfrutemos del fruto de nuestro trabajo y vivamos una vida plena, como se menciona en Eclesiastés 2: 24. Sin embargo, es importante evitar el extremo opuesto, donde la copa es tan grande que, sin importar cuánto se produzca, nunca se llenará. Este enfoque lleva a vivir solo para complacerse a sí mismo.

Al final del día, el tamaño de tu copa es un asunto personal, queda entre tú y Dios. Pero independientemente de tus necesidades, Dios desea darte un corazón generoso que utilice las bendiciones sobreabundantes que él te da para bendecir a otros. Por eso hoy es un buen día para hacer de la generosidad una tendencia en el mundo. ¿A quién podría Dios bendecir hoy a través de ti?



El Dios de la laguna

«Por la palabra del Señor fueron hechos los cielos, por el soplo de su boca, todos los astros [...]. Pues él habló, y todo fue hecho; él ordenó, y todo quedó firme».
Salmos 33: 6, 9

En una entrevista, al astrofísico Neil deGrasse Tyson se le preguntó sobre la relación entre Dios y la ciencia. En su respuesta, expresó que a medida que la ciencia avanza y proporciona explicaciones sobre la naturaleza, nuestra dependencia de Dios tiende a disminuir. Además, señaló que en épocas antiguas, las personas recurrían a los dioses para explicar fenómenos atmosféricos y astronómicos que no comprendían. «Como hoy la ciencia puede explicar estos fenómenos, ya no necesitamos a Dios», concluyó Tyson.

Es probable que conozcas a más de una persona, quizás un amigo o un profesor universitario, que comparta una perspectiva similar sobre Dios: considerarlo como una explicación temporal hasta que la ciencia logre comprenderlo todo. Sin embargo, el problema con definir a Dios de esta manera es que conduce inevitablemente a un conflicto entre Dios y la ciencia, forzándonos a tomar decisiones entre uno u otro.

Comentando esta falsa dicotomía, el matemático británico John Lennox señala que «el Dios de la Biblia no es el Dios de la laguna». Acto seguido preguntó: «Cuando abrimos la Biblia, ¿qué dicen las primeras palabras? ¿“En el principio creó Dios los rincones del universo que todavía no entendemos”? ¡Claro que no! Dios creó “los cielos y la tierra”, es decir, lo creó todo: las partes del universo que entendemos y también las que no entendemos».

Así como, al adquirir más conocimiento sobre arte, mi admiración por una pintura de Velásquez no disminuye, sino que crece, y al conocer más sobre ingeniería y arquitectura, mi admiración por el Burj Khalifa aumenta, en lugar de disminuir; de manera similar, al profundizar en mi comprensión del universo, debería aumentar mi admiración por el Dios que lo creó, y no disminuir. Louis Pasteur expresó en su autobiografía que «un poco de ciencia nos aparta de Dios. Mucha nos acerca a él». Por lo tanto, en este día y siempre, nuestros corazones deberían resonar con el canto que se entona en el cielo: «Tú eres digno, Señor y Dios nuestro, de recibir la gloria, el honor y el poder, porque tú has creado todas las cosas; por tu voluntad existen y han sido creadas» (Apocalipsis 4: 11).





¡Presta atención!

*«Pero el que me preste atención,
vivirá en paz y sin temor de ningún peligro».*
Proverbios 1: 33

Quizás una de las frases que menos disfrutaba escuchar cuando era niño, pero al mismo tiempo una de las que más frecuentemente me decían, era: «¡Presta atención!». Cuando mi madre intentaba enseñarme algo y me distraía, escuchaba un firme «¡Presta atención, Jorge!». En la escuela, si la maestra notaba que cuchicheábamos mientras ella escribía en el pizarrón, nos recordaba con autoridad: «¡Presten atención!». Incluso al aprender a manejar, el instructor repetía varias veces: «Presta atención». Ya siendo adulto, durante el entrenamiento para iniciar un nuevo trabajo, se destacaba: «Presta atención a esta parte, porque es lo más importante».

Dado que tantas personas, en tantas ocasiones, nos instan a prestar atención, ¿nos sorprendería realmente que incluso Dios nos haga la misma petición? En Proverbios 1: 33, el Señor nos invita a prestarle atención. Prestar atención significa simplemente “concentrarnos” o “enfocarnos” en algo, o en este caso, en Alguien. Implica interiorizar y hacer nuestro lo que se nos dice o enseña. Desde esta perspectiva, la vida cristiana no se reduce a un simple credo que memorizamos o una etiqueta que nos colocamos ante los demás, sino que son principios y valores que se convierten en nuestro norte, en nuestro punto de referencia, no solo en lo espiritual, sino en cada aspecto de nuestras vidas.

El primer capítulo de Proverbios concluye presentándonos dos caminos, dos opciones, y otorgándonos la oportunidad de elegir. Por un lado, podemos ignorar a Dios y sus consejos. Aquellos que sigan este camino «tendrán que comer el fruto amargo de vivir a su manera y se ahogarán con sus propias intrigas» (Proverbios 1: 31, NTV). En cambio, «el que me preste atención —dice el Señor—, vivirá en paz y sin temor de ningún peligro» (Proverbios 1: 33). ¿No es esta una promesa maravillosa? La paz que anhelamos y la ausencia de temores provienen de concentrarnos, de prestar atención, a los principios divinos.

Hoy, al salir a enfrentar la vida, se te presentarán las mismas dos opciones que señaló el Sabio. Las notificaciones de tu celular te invitarán a prestar atención a lo que sucede en las redes, las personas que te rodean demandarán tu atención, pero por encima de todo, Dios te pedirá que le prestes atención. Si decides hacerlo, vivirás en paz y libre de temores. ¿Le prestarás atención al Señor?



Hay una actualización disponible

«De mañana escuchas mi voz; muy temprano te expongo mi caso, y quedo esperando tu respuesta».
Salmos 5: 3

Todavía recuerdo el momento en que encendí mi primera computadora. Obtener el dinero necesario me llevó varias semanas de arduo trabajo, y finalmente, tenía en mis manos el resultado de mi esfuerzo.

En poco tiempo, me di cuenta de que la computadora me solicitaba periódicamente que me conectara a Internet para «descargar las últimas actualizaciones». Al principio, lo hice con mucho entusiasmo, pero gradualmente fui perdiendo interés y dejé de realizar las actualizaciones. ¿El resultado? En un principio, nada pareció suceder, pero con el tiempo, los programas comenzaron a cerrarse de forma repentina, la computadora se volvió cada vez más lenta, aparecieron mensajes de advertencia y, finalmente, cayó víctima de un virus. Tuve que borrar toda la información y reinstalar el sistema operativo. Mi descuido me costó la pérdida total de mi música, fotos y documentos. En aquellos tiempos, dado que no existía «la nube», perdí todo irremediablemente.

Hoy, gracias a conexiones más veloces a Internet, resulta muy fácil mantener nuestros equipos actualizados. Mi teléfono se actualiza mientras duermo. Aunque a veces pueden ser molestas (estoy pensando en ti, Adobe), lo cierto es que el fabricante prepara las actualizaciones para que podamos sacarles el mayor provecho a nuestros equipos, para proveernos de nuevo contenido o incluso para protegernos de programas maliciosos y amenazas diversas.

¿No crees que existe una gran similitud entre este tema de las actualizaciones y nuestra vida espiritual? Cada día que pasa enfrentamos nuevos desafíos y si no nos mantenemos en contacto con el Fabricante celestial para actualizar nuestra vida espiritual, corremos el riesgo de quedar obsoletos y, como mi computadora, funcionar cada vez más lento, experimentar colapsos repentinos en diversos aspectos de la vida y, finalmente, sucumbir ante algún virus.

Al igual que el fabricante de tu computadora o teléfono móvil, Dios quiere que le saques el máximo provecho a tu vida, quiere proveer nuevo contenido para tu existencia y, por supuesto, desea protegerte del «pecado que [te] enreda» (Hebreos 12: 1) y los virus que plagan tu mundo: el desánimo, el egoísmo, la envidia, el miedo y otros tantos. En el texto de hoy, David declara que cada mañana busca esa actualización que solo Dios podía darle. Hoy Dios tiene una actualización disponible para ti, para «descargarla» basta con hacer «click» en tu Biblia y elevar una oración pidiendo estar cerca del Señor.





El himno a Eva

«¡Esta sí que es de mi propia carne y de mis propios huesos!
Se va a llamar "mujer", porque Dios la sacó del hombre».
Génesis 2: 23

¿Alguna vez te has preguntado cuál es la canción más antigua de la humanidad? En *The Greatest Music Stories Never Told*, Rick Beyer cuenta que descubrió en la ciudad de Ugarit una tabla cuneiforme del año 1400 a. C. en la que un compositor desconocido había grabado la letra y melodía de una canción dedicada a Nikkal, la esposa del dios de la luna.* Durante la década de 1970 Anne Kilmer, profesora de la Universidad de California en Berkeley, logró descifrar algunas de las figuras cuneiformes y se dio cuenta de que se trataba de notas musicales. A partir de entonces, varios músicos modernos han grabado el «himno a Nikkal».†

Aunque no tenemos la melodía, la verdadera «primera canción» de la humanidad no es el himno a Nikkal, sino el «himno a Eva». En Génesis 2 encontramos que las primeras palabras que se registran de Adán aparecen en forma de poesía hebrea. Después de haberse percatado de su soledad, Adán «se duerme» y cuando despierta, lo primero que ve es a Eva, entonces canta: «¡Esta sí que es de mi propia carne y de mis propios huesos! Se va a llamar "mujer", porque Dios la sacó del hombre» (Génesis 2: 23).

El «himno a Eva» está compuesto de dos líneas, y cada una transmite una lección sobre el ideal divino para tu vida sentimental. En la primera línea Adán reconoce que Eva es «de su propia carne», es decir, Eva es su contraparte y a la vez que está hecha del mismo material que él. Hay aquí un sentido de pertenencia, de igualdad y de complemento que es característico de toda relación duradera. En la segunda línea, Adán reconoce quién es el responsable de que él tenga una compañera adecuada: Dios. De allí que sin él como guía no puede haber una relación sentimental saludable.

No sé si ya has encontrado pareja o si todavía sigues buscando, pero el himno a Eva nos enseña hoy que lo más importante a la hora de entablar una relación es, con la ayuda y bajo la dirección de Dios, encontrar ese complemento, esa contraparte que nos haga cantar como Adán cuando vio por primera vez a Eva.



«Don't worry, be happy»

«Todas estas cosas son las que preocupan a los paganos, pero ustedes tienen un Padre celestial que ya sabe que las necesitan».
Mateo 6: 32

El título de la meditación de hoy lo he tomado de una canción muy popular, Quizás ya estás sonriendo al recordar el silbido que caracteriza esta famosa tonada. Esta canción ha sido atribuida erróneamente a Bob Marley, pero su compositor fue en realidad Bobby McFerrin y en la primera estrofa escribió que «en la vida todos tenemos problemas, y cuando te preocupas los multiplicas» y luego dice la frase que se repite en toda la canción: «Don't worry, be happy», o sea: «No te preocupes, sé feliz».

McFerrin acertó al componer esta canción, destacando un aspecto fundamental de la vida: nuestras preocupaciones constantes que, en muchas ocasiones, obstaculizan nuestra capacidad para experimentar la felicidad. Las inquietudes más comunes suelen estar vinculadas con la vivienda, la alimentación, la vestimenta y otras necesidades físicas. Aunque es innegable que estas son esenciales para sentirnos seguros y protegidos, con frecuencia, lo que realmente nos consume no es la satisfacción de estas necesidades básicas, sino el poco saludable deseo de acumular más de lo que realmente necesitamos.

Hace más de dos mil años, el Maestro de Galilea dijo en sus propias palabras: «No te preocupes, sé feliz». En el Sermón del Monte, Jesús comparó nuestras necesidades con algunos elementos de la naturaleza: ¿Te preocupas porque no tienes comida? ¡Mira las aves! No siembran ni almacenan y Dios las alimenta. ¿Te inquietas porque no tienes ropa? ¡Mira las flores! No trabajan y Dios las viste. Jesús concluye diciendo: «Si así viste Dios a la hierba que hoy está en el campo y mañana es arrojada al horno, ¿no hará mucho más por ustedes?» (Mat. 6: 30).

Cristo dijo que Dios sabe que tenemos necesidad de «todas estas cosas». ¡Qué alentador es saber que hay un Dios que se interesa en mis necesidades! ¡Qué bueno es saber que Dios no está allá a lo lejos preocupado solo por mi vida espiritual, sino que también está pendiente de mi bienestar físico!

Hoy Dios te dice: «No te preocupes, sé feliz, porque yo cuido de ti». Me gusta cómo Pedro lo expresó: «Depositen en él toda ansiedad, porque él cuida de ustedes» (1 Pedro 5: 7, NVI). ¿No crees que ese es un mensaje que vale la pena compartir hoy con alguien? Hagamos de las palabras de Jesucristo una tendencia en este día.





Los cinco lenguajes del amor

«Nadie muestra más amor que quien da la vida por sus amigos».

Juan 15: 13, TLA

Uno de los libros más conocidos en todo el mundo sobre el amor y las relaciones es, sin duda, *Los cinco lenguajes del amor*. En esta obra magistral, Gary Chapman destaca que cada persona tiene una forma única de amar y sentirse amada, denominando a esas formas como «lenguajes». Resulta fundamental descubrir cuál es el lenguaje que «hablas» y el que «escuchas», ya que es posible que percibas que estás entregando lo mejor de ti, mientras tu pareja no se siente plenamente amada; y viceversa.

Los cinco lenguajes que Chapman elabora en su libro son: (1) Palabras de afirmación: expresar amor mediante palabras de afecto y cumplidos. (2) Tiempo de calidad: pasar tiempo juntos dedicándose atención completa. (3) Actos de servicio: acciones destinadas a hacer feliz a la pareja. (4) Regalos: expresar amor mediante obsequios que vayan conectados a recuerdos o emociones. (5) Toque físico: comunicar amor mediante el tacto (besos, abrazos y caricias). Según el libro todos tenemos al menos dos lenguajes predilectos, aunque a menudo disfrutamos de los cinco. ¿Cuál crees que sea tu lenguaje del amor?

Los Evangelios presentan de forma magistral el amor de Cristo por la raza humana. Me gusta mucho que la Biblia describe a Jesús «hablando» los cinco lenguajes del amor que Chapman menciona en su libro.

Jesús no solo profería palabras de afirmación (Juan 8: 11) sino que tenía «palabras de vida» (Juan 6: 68). Jesús siempre ofreció tiempo de calidad a las personas, ya sea en entrevistas personales (Juan 3 y 4), reuniones familiares (Lucas 10: 38-42) e incluso dedicó tiempo a los más pequeños (Mateo 19: 13-15). La vida de Jesús fue una vida de servicio constante, al punto que dijo que él «no vino para que le sirvan, sino para servir» (Marcos 10: 45). Jesús no ofreció regalos, él es el mejor regalo que Dios nos ha dado (Juan 3: 16). Por último, su toque físico trajo sanidad a todo tipo de enfermos (Marcos 1: 32-34).

¡Nadie nos ha amado ni nos amará como Jesús! No importa cuál sea tu lenguaje del amor, hoy puedes experimentar el amor supremo de Cristo Jesús.



Cómo conocí a tu madre

«La casa y el dinero son regalo de los padres;
la esposa inteligente es un regalo de Dios».
Proverbios 19: 14, TLA

Entre 2005 y 2014 la cadena CBS transmitió en los Estados Unidos una comedia titulada *Cómo conocí a tu madre*, en la que Ted Mosby, interpretado por Josh Radnor, les cuenta a sus hijos en el año 2030 cómo conoció a su madre. Como ya te he contado antes, mientras escribía este libro Dios me bendijo con mi primer hijo: Joel David. Sinceramente no puedo esperar a que Joel me pregunte cómo conocí a Gaby. Aunque sé que no te gusta el chisme, ensayaré contigo la respuesta que le daré a mi hijo en unos años.

Cuando me mudé a Miami, un amigo pastor me habló de una chica «muy buena» que asistía a la iglesia que él pastoreaba. Inicialmente no le hice caso, pues no me gustaba que me anduvieran «vendiendo». En diciembre de 2018, mi amigo me invitó a predicar a su iglesia. Justo el día antes me comunicó que no podría estar en la iglesia para recibirme, pero que le había pedido a «alguien» que se hiciera cargo de mí. Yo, muy inocente, llegué aquel sábado 8 de diciembre de 2018 a la iglesia *Revive*, donde me recibió en el vestíbulo una chica muy agradable que llevaba aquel día un vestido rojo vivo.

Cuando la vi, me sentí como Pablo cuando se le cayeron las escamas de los ojos (Hech. 9: 18) y me recliné: «Jorge Luis, ¿cómo no te habías fijado en esta chica antes?». Sin pensarlo dos veces me le acerqué y le dije: «Hola, *Capercita*». Ella se rio de mi saludo y me atendió cortésmente. Al finalizar mi sermón le pedí su número. Tres meses después ya era mi novia. Seis meses después de haber iniciado el noviazgo le pedí matrimonio y nos casamos el 26 de julio de 2020 (ni la pandemia pudo detenerme).

El versículo de hoy es uno de mis proverbios favoritos. Salomón dice que solo Dios puede concederte una esposa (o un esposo) inteligente, algunas versiones dicen «prudente» o «comprensiva». No sé si al leer estas páginas ya Dios te regaló una pareja o si todavía estás esperando, pero quiero animarte a esperar en el Señor, él siempre sabe lo que es mejor y te dará mucho más de lo que le pides. ¿Quién sabe? Tal vez muy pronto tú le estarás contando a tus hijos cómo conociste a su madre/padre.





¿Sully o Francesco?

«Habitaré en medio de los hijos de Israel
y no abandonaré a mi pueblo Israel».
1 Reyes 6: 13, RV95

El 15 de enero de 2009, el vuelo 1549 de US Airways despegó del aeropuerto LaGuardia en Nueva York en lo que parecía ser un día normal. Sin embargo, unos minutos después, unos gansos que volaban cerca impactaron las turbinas, causando el fallo de ambas. En ese momento crítico, el capitán Chesley «Sully» Sullenberger tomó la decisión de realizar un acuatizaje de emergencia en el río Hudson. Gracias a su habilidad y destreza, todos los pasajeros sobrevivieron. Al completar la evacuación, «Sully» revisó la aeronave dos veces antes de abandonarla, asegurándose de que no quedara nadie a bordo. En la actualidad, «Sully» es reconocido como un héroe nacional.

Casi tres años después, el 13 de enero de 2012, el Costa Concordia encalló cerca de las costas de Italia y comenzó a hundirse. Las investigaciones revelaron que el accidente, que resultó en la pérdida de 32 vidas, fue causado porque el capitán, Francesco Schettino, estaba tratando de impresionar a una joven bailarina al acercar demasiado la nave a la costa. Durante la evacuación, en lugar de colaborar en las labores de rescate, Francesco intentó escapar en un bote salvavidas. Cuando fue interrogado, alegó que se había “caído” en el bote. Este lamentable capitán fue condenado a diez años de prisión por homicidio involuntario y por abandonar el barco mientras aún quedaban pasajeros a bordo.

Si estuvieras en una nave que corre peligro ¿a quién preferirías tener como capitán? ¿A «Sully» o a Francesco? Yo me sentiría más seguro con un capitán que no abandona la nave cuando más se le necesita.

Podemos aplicar el mismo criterio a la vida. A todos nos toca pasar por momentos en los que creemos que estamos a punto de estrellarnos o que nos «hundimos» en medio de los problemas. Pero el mensaje de la Biblia es que no tenemos que enfrentar las amenazas de la vida solos. Desde el principio Dios ha manifestado su deseo de estar con nosotros (ver Éxodo 25: 8) y en el versículo de hoy, el Señor promete nunca abandonarnos.

A pesar de que muchas veces somos nosotros los que creamos las tormentas que nos azotan, Dios promete estar a nuestro lado siempre. Jesús es el mejor capitán que podemos tener. El que calmó la tempestad y rescató a Pedro de morir ahogado hoy te dice: «No te dejaré ni te desampararé» (Josué 1: 5, RV95).



Sansón: el joven que no sabía

«Sansón despertó de su sueño y pensó: “Esta vez me escaparé como las otras”. Pero no sabía que Jehová ya se había apartado de él». Jueces 16: 20, RV95

La historia de Sansón es uno de los relatos más conmovedores de la Biblia. A pesar de haber sido agraciado con notables dones, en Jueces 16 encontramos cómo el hombre más fuerte de la historia sucumbió a consecuencia de sus desacertadas decisiones. Entre las sombras que marcaron la vida de Sansón, resulta especialmente desgarrador el comentario que hace el narrador en el versículo de hoy. Al encontrarse rodeado de enemigos al despertar, Sansón **confiaba** en librarse como en otras ocasiones, pero no comprendía que, en ese momento, Dios «ya se había apartado de él».

¡Qué triste final para alguien que estaba destinado a ser el instrumento de Dios para liberar a su pueblo! La falta de conciencia de Sansón sobre la ausencia del Señor a su lado plantea la pregunta intrigante: ¿acaso nunca reconoció cuándo Dios sí estaba con él? Parece que Sansón carecía de la más mínima comprensión de su estado espiritual. Para comprender mejor cómo llegó a ese punto, es necesario examinar la vida de Sansón desde una perspectiva más amplia: su consagración a Dios a través del nazareato.

Números 6 señala que cuando una persona se consagraba a Dios mediante el nazareato debía cumplir solo tres estipulaciones: no consumir ningún producto de la vid: vino, sidra, semillas, ni siquiera la cáscara (vers. 3-4); no podía acercarse a los cadáveres (vers. 6-11) y no podía cortarse el pelo (vers. 5). ¿Cómo le fue a Sansón con los requisitos de su consagración? Jueces señala que en varias oportunidades Sansón estuvo en viñedos y lugares donde se cultivaban uvas (14: 5, 15: 5, 16: 4); también lo vemos rodeado de cadáveres humanos y de animales (14: 8-9, 19, 15: 15), lo único que todavía lo conectaba con Dios era su abundante melena. Sansón parecía un nazareo, pero era un cascarón hueco, y cuando su pelo cayó al suelo, quedó completamente desprotegido, ¡y ni siquiera se dio cuenta!

La historia de Sansón constituye un poderoso recordatorio de que lo más importante en la vida no radica en la imagen que proyectamos ni en el cumplimiento de requisitos externos de la religión. Lo más importante en la vida es conocer a Dios y desarrollar una relación sincera y estrecha con él.





El titiritero

«Como ciudad sin muralla y expuesta al peligro, así es quien no sabe dominar sus impulsos».

Proverbios 25: 28

Hoy quiero invitarte a echar un vistazo a un relato muy conocido. Lo puedes encontrar en 2 Samuel 11. Este relato presenta la cara oscura del rey David y hasta dónde estaba dispuesto a llegar para conseguir lo que quería. De hecho, una lectura cuidadosa revela que todo lo que ocurrió, desde la invitación de Betsabé al palacio hasta el asesinato de Urías, ocurrió porque David así lo quiso. El narrador no deja lugar a dudas. David «ve» (vers. 2), «manda a averiguar» (vers. 3), «manda a buscar» (vers. 4) y se acuesta con Betsabé.

Después de haberse acostado con Betsabé, y en un paradójico giro de la trama, es Betsabé la que «manda a decir» a David que está embarazada (vers. 5). Entonces volvemos a ver a David tomando el control de las situaciones y las personas: «manda a buscar a Urías» (vers. 6), envía a Urías a su casa y envía un presente de la mesa real (vers. 8); al día siguiente lo invita a un banquete y lo emborracha (vers. 13), manda una carta organizando todo para que Urías muera en batalla (vers. 14) y finalmente toma a Betsabé por esposa (vers. 27).

El narrador presenta a David como un gran titiritero, capaz de mover los hilos y decidir el destino de ciudades y personas, pero incapaz de controlar sus propios impulsos. David tiene el poder de decidir quién vive y quién muere, pero no puede controlarse a sí mismo.

En el versículo de hoy Salomón, que era hijo de David y Betsabé (¿coincidencia o providencia?), señala que una persona que no sabe dominar sus impulsos es como una ciudad sin muralla, expuesta al peligro. En una entrevista realizada por ABC, el doctor Roy Baumeister confirma lo que ya Salomón había escrito al señalar que la mayoría de nuestros problemas se originan en la falta de autocontrol. El alcoholismo, drogadicción, embarazos en adolescentes, abandono de los estudios, problemas financieros y apuestas, todo se resume en la falta de autocontrol. «Los estudios señalan —continúa el Dr. Baumeister— que el autocontrol puede predecir el éxito o el fracaso que una persona tendrá a lo largo de su vida».

La buena noticia es que la Biblia dice que «el Espíritu produce [...] dominio propio» (Gálatas 5: 22-23). Si le entregamos a Dios el control de nuestras vidas él nos dará la capacidad de controlarnos a nosotros mismos.



«El monstruo griego»

«Revístanse de [...] humildad».
Colosenses 3: 12

Uno de mis deportes favoritos es el baloncesto. Reconozco que nunca fui un jugador destacado y que ahora solo juego ocasionalmente, pero sí disfruto ver los partidos de la NBA. Aunque me gustan los *Golden State Warriors*, sé que uno de los mejores jugadores del momento es Giannis Antetokounmpo, que con apenas 26 años llevó a los Bucks de Milwaukee a ganar el campeonato de la temporada de 2021.

Debido a su país de origen y sus aptitudes físicas, Giannis ha recibido el apodo de «el monstruo griego». Pero la característica más sobresaliente del *monstruo griego* quizás no sea de índole atlética, sino que es su humildad.

En una entrevista que le realizaron a Giannis después del cuarto juego de la serie final de 2021, donde ayudó a su equipo a mantener la ventaja que más adelante les daría el campeonato, Giannis explicó, desde su perspectiva, en qué consiste la humildad: «Cuando te concentras en el pasado, cuando dices: “Yo hice esto” o “Yo logré aquello”, eso se llama ego. Cuando te concentras en el futuro, “el próximo juego haré esto o aquello y dominaré la cancha”, eso se llama orgullo. Trato de concentrarme en el momento, en el presente. Eso es humildad: olvidarse del pasado y no colocarse expectativas irreales, solo salir y disfrutar el juego».*

Observar la humildad desde esta perspectiva nos ofrece la oportunidad de liberarnos tanto de los errores como de los éxitos del pasado. Los errores generan miedo, que nos paraliza, mientras que los éxitos nos embriagan de una seguridad falsa. Al mismo tiempo, esta visión de la humildad rompe las cadenas del orgullo y la presunción, ayudándonos a mantener los pies en la tierra y la vista en el presente.

Ahora bien, ¿cómo podemos alcanzar este tipo de humildad? Pablo señala que solo una persona que ha experimentado el amor de Dios puede «revestirse» de humildad. Solo el amor de Cristo tiene la capacidad de suprimir el ego, sofocar el orgullo y darnos la oportunidad hoy de salir y disfrutar la vida. Hoy te invito a considerar la invitación de Cristo: «Aprendan de mí, pues yo soy apacible y humilde de corazón, y encontrarán descanso para su alma» (Mateo 11: 29, NVI). Jesús ni era monstruo ni griego, pero tenía razón.





Busca tu propia tierra

«Por la palabra del Señor fueron hechos los cielos,
por el soplo de su boca, todos los astros [...].
Pues él habló, y todo fue hecho;
él ordenó, y todo quedó firme».
Salmos 33: 6, 9

Cuenta una anécdota que en el año 2020 un grupo de científicos solicitó una entrevista con Dios. Después de completar todos los trámites necesarios, finalmente obtuvieron la ansiada cita con el Soberano del universo. En el día acordado, un ángel los condujo a una oficina donde Dios los recibió amablemente y les preguntó cortésmente sobre el motivo de su conversación. El jefe de aquel equipo de científicos tomó la palabra y dijo:

—Dios, gracias por recibirnos. Estamos aquí para notificarte que hemos alcanzado un nivel superior en nuestros estudios del universo y la vida. Como resultado, ya la humanidad no te necesita. Puedes retirarte.

—¿En serio? —preguntó intrigado el Todopoderoso— Muéstrenme a qué se refieren.

Entonces los científicos tomaron un poco de tierra, crearon con la tierra la figura de un bebé y, después de realizar varios procedimientos científicos complejos, fueron capaces de dar vida al bebé.

—¿Ves? Ya somos capaces de hacer todo lo que tú haces. Ya no te necesitamos.

—Interesante —dijo Dios—. Me pareció muy impresionante su demostración. Pero, por favor, para la próxima entrevista, asegúrense de crear también su propia tierra.

No sé quién fue el autor de este chiste, pero creo que ilustra muy bien dos aspectos. En primer lugar, sin importar la dirección en la que volvamos la mirada, todo indica que hay un Creador de todo lo que existe. La Biblia señala que ese creador es Dios y que solo él tiene el poder de crear en el sentido pleno de la palabra, es decir, de crear materia *ex nihilo* (de la nada). En segundo lugar, independientemente de si lo reconocemos o no, el ser humano siempre estará sujeto a la dependencia de Dios. Incluso cuando llevamos a cabo las más grandiosas proezas humanas, simplemente estamos utilizando el intelecto que Dios nos ha dado para modificar lo que él ha creado.

En el Salmo 100, el salmista nos invita a reconocer que Dios «nos hizo y no nosotros a nosotros mismos», por lo tanto, «pueblo suyo somos y ovejas de su prado» (Salmos 100: 3, RV95). Más que un tema para bromear es un tema para reflexionar, para agradecer y para compartir con los demás en este día.



¿Son confiables los relatos bíblicos?

«Todo lo que antes se dijo en las Escrituras, se escribió para nuestra instrucción, para que con constancia y con el consuelo que de ellas recibimos, tengamos esperanza».
Romanos 15: 4.

La Biblia narra eventos tales como una inundación global, la travesía de seiscientas mil personas a través de un mar en una sola noche, la provisión de pan que cae del cielo, un asno que habla, una batalla en la que el sol se detiene por casi un día completo y personas que resucitan de entre los muertos. ¿Estos relatos son hechos verídicos o simplemente mitos, al igual que las historias de Hércules y Perseo?

En primer lugar, la propia Biblia respalda la autenticidad de estos relatos. Jesús, por ejemplo, comparó la incredulidad de su época con la de Sodoma (Mateo 11: 23-24) y se refirió a la destrucción de dicha ciudad como un hecho verídico (Lucas 17: 28-29). Jesús también señaló que la decadencia moral del tiempo del fin sería «como en tiempos de Noé» (Mateo 24: 37, NVI), confirmando así el relato del diluvio. Cristo también comparó su muerte con la estadía de Jonás en el vientre del pez (Mateo 12: 40-41) y Pablo cita el cruce del mar Rojo y la provisión del maná como un «ejemplo para nosotros» (1 Corintios 10: 1-6).

Ahora bien, la arqueología puede ayudarnos proporcionando evidencia histórica. Por ejemplo, la piedra moabita relata la historia del rey Mesa y sus luchas contra el rey de Israel, suplementando así el relato de 2 Reyes 3. El obelisco negro de Salmanasar III presenta al rey israelita Jehú pagando tributo al monarca asirio (1 Reyes 19: 15, 16). El prisma de Taylor describe el sitio de Jerusalén durante el reinado de Ezequías por parte de Senaquerib y las fuerzas asirias (2 Reyes 19 e Isaías 36 y 37). La estela de Tel Dan conmemora la victoria de un rey arameo sobre los antiguos israelitas. En dicha estela se puede leer claramente la frase «casa de David». Por último, en 1961 se descubrió una inscripción que dice: «Poncio Pilato, prefecto de Judea» y es la primera evidencia fuera de la Biblia sobre la existencia de Pilato, quien juzgó y condenó a Jesús (Mateo 27: 11-26).

Aunque no tenemos evidencia de *todos* los relatos bíblicos, las ciencias auxiliares sugieren que podemos confiar en ellos. Por supuesto, el más importante de estos relatos es el de Jesús, que vino, murió por nosotros, resucitó y muy pronto volverá a buscarnos.





Decisiones

«¡No me pidas que te deje y que me separe de ti!

Iré a donde tú vayas, y viviré donde tú vivas.

Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios será mi Dios».

Rut 1: 16

Una de mis historias bíblicas preferidas es la de Rut, donde una forastera llegó a ser no solo parte del pueblo de Dios y de la genealogía del destacado rey David, sino también del propio Salvador (Mateo 1: 5). Todo se originó a partir de una decisión en un momento crucial de la vida. Quizá estés familiarizado con la escena: Noemí decide regresar a Belén después de perderlo todo en Moab. Sus dos nueras optan por acompañarla, pero al enterarse de la falta de perspectivas de sustento y matrimonio en Belén, Orfa decide volver «a su país y a sus dioses» (Rut 1: 15). Por otro lado, Rut elige permanecer con Noemí, unirse a su pueblo y adorar a su Dios.

Cuando evaluamos las elecciones de Orfa y Rut, es posible caer en la idea de que la decisión de acompañar a Noemí o regresar a Moab fue una cuestión moral; sin embargo, nada en el relato indica eso. Orfa no era malintencionada ni tenía la intención de causarle daño a Noemí. De hecho, tomó la decisión que la mayoría de nosotros habría tomado en su situación. Orfa eligió lo que consideraba *mejor para su propio futuro y bienestar*.

En cambio, Rut tomó una decisión excepcional. Optó por un camino que pocos habrían elegido: priorizó las necesidades de su suegra sobre las suyas propias. Booz elogia esta decisión de Rut en el segundo capítulo del libro, destacando lo que motivó a esta mujer extranjera: «Sé muy bien todo lo que has hecho *por tu suegra* desde que murió tu marido, y también sé que dejaste a tus padres y a tu patria por venir a vivir con nosotros, que éramos gente desconocida para ti» (Rut 2: 11).

Cada día, todos tomamos diversas decisiones, y la historia de Rut nos enseña que incluso aquellas que aparentemente carecen de implicaciones morales pueden transformar nuestras vidas de manera permanente. Rut tomó una decisión extraordinaria impulsada por el amor al prójimo. Como resultado, no solo transformó su propia vida, sino que también modificó por completo el rumbo de la historia humana.



El impostor

«Aun Satanás se disfraza de ángel de luz».

2 Corintios 11: 14, NTV

¿Alguna vez te han engañado haciéndose pasar por otra persona? Hasta hace poco, todas mis experiencias en la materia se limitaban a bromas telefónicas realizadas por mis amigos. Sin embargo, todo cambió un viernes de noche.

Durante la tarde, le envié un mensaje de *WhatsApp* a un colega para invitarlo a un evento. Pasadas las 9:00 PM, recibí un mensaje suyo que decía: «Hola». Después de saludarlo, le pregunté cómo le había ido en la reunión programada para ese día, a lo que respondió que todo había salido bien. Luego me pidió ayuda: «Sobrepasé mi límite de transferencias diarias y necesito enviar dinero a alguien. ¿Podrías transferir quinientos dólares a través de *Zelle* a este número telefónico? Te lo devolveré mañana a primera hora».

«¡Por supuesto!», le respondí. Inmediatamente abrí la aplicación del banco y comencé el proceso de la transferencia, pero justo antes de presionar el botón «enviar», me detuve. Algo no cuadraba. Era viernes por la noche, y me pregunté por qué mi amigo pastor estaba transfiriendo dinero en ese momento preciso. Al día siguiente sería sábado, ¿por qué me prometió devolverme el dinero un día no laborable? Además, ese amigo nunca antes me había pedido prestado dinero, ¿por qué lo hacía ahora?

Me invadió un sentimiento de culpa al plantearme a mí mismo esas dudas. Pensé que quizá aquello era una emergencia, y decidí llamarlo, pero no contestó porque «no tenía buena señal». Entonces le pedí que me mandara de nuevo los datos de la transferencia, pero por nota de audio. Se negó. Entonces supe que la persona del otro lado no era mi amigo. Sabía que yo reconocería la voz de un impostor, así que no volvió a hablarme. Posteriormente, me enteré de que el teléfono de mi amigo había sido hackeado, y varias personas habían caído en la trampa del engaño.

Mi experiencia con el estafador ilustra de manera convincente lo que Pablo menciona en el versículo de hoy. Satanás raramente se presenta como realmente es; prefiere los disfraces y la suplantación. Sin embargo, esta vivencia también me enseñó que la clave para reconocer el engaño radica en el *conocimiento*. Si no hubiera conocido a mi amigo, hoy tendría quinientos dólares menos en mi cuenta de ahorros. De manera similar, la estrategia más efectiva para no caer en las artimañas de Satanás consiste en conocer a Dios a través del estudio de su Palabra y la oración. ¿Conoces a tu Amigo?





Pan para cada día

«El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy».

Mateo 6: 11, RV95

El versículo de hoy es una de las frases más conocidas de toda la Escritura. Incluso los no religiosos utilizan la frase «pan nuestro de cada día» para referirse a lo cotidiano y común. Personalmente, me gusta porque aborda mis necesidades físicas, pero en esta oración se encuentran tres enseñanzas que nos pueden ayudar a vivir mejor.

1. Esta frase está en plural. El Padrenuestro comienza en singular («tu nombre», «tu reino» y «tu voluntad»), pero justo cuando la oración cambia de foco para concentrarse en el ser humano, también cambia de número. Al repetir la oración modelo no pido **mi** pan, sino **nuestro** pan. Elena G. de White resume la lección implícita cuando escribe: «En nuestras peticiones hemos de incluir a nuestros semejantes tanto como a nosotros mismos. Nadie ora como es debido si solamente pide bendiciones para sí mismo».*
2. En segundo lugar, esta petición alude dos veces al presente. Pedimos el pan nuestro «de cada día» y lo pedimos «hoy». Hoy en día se nos paga mensual, quincenal o semanalmente, de allí que estemos programados a hacer provisión para la semana o el mes completo. Pero en la época de Jesús la gente recibía el salario al final del día, por lo que no tenía más opción que vivir un día a la vez. Justo eso fue lo que Jesús quiso enseñarnos, que no hemos de afanarnos por el mañana (Mateo 6: 25-32), sino que hemos de confiar en que Dios suplirá cada una de nuestras necesidades.
3. Por último, nota el alimento que le pedimos a Dios: pan. ¿Puede haber algo más sencillo que el pan? El pan consta de tan solo harina, agua y sal. ¿Por qué no pedirle a Dios algo más complejo? Al enseñarnos a pedir *pan*, Jesús aludió a la simplicidad, a que no necesitamos tanto para ser feliz y que la sencillez a menudo nos ayuda a llevar una vida más ligera y con menos presiones. Incluir al prójimo en tus oraciones y vivir un día a la vez con lo más básico posible. ¿No te parece que es una manera de simplificarnos la existencia? Hoy te invito a hacer de esta enseñanza de Jesús una tendencia. Necesitamos más amor al prójimo y menos complicaciones.



El comienzo de la civilización

«En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tenéis amor los unos por los otros».

Juan 13: 35

Se relata que en una conferencia, un estudiante universitario le preguntó a la destacada antropóloga cultural Margaret Mead cuál consideraba que era el signo más antiguo de civilización en una cultura. Al formular la pregunta, el estudiante probablemente esperaba que Mead mencionara elementos como lanzas, ollas de arcilla o piedras de moler. Sin embargo, la antropóloga estadounidense respondió que la primera indicación de civilización en una cultura antigua era un fémur que se había fracturado y luego había sido curado.*

Ante el cuestionamiento de por qué esta constituía la primera evidencia de civilización, Mead explicó que, en el reino animal, si te rompes una pierna, mueres. No puedes huir del peligro, ir al río a beber o buscar comida. Eres una presa fácil para los depredadores. Ningún animal logra sobrevivir con una pierna rota el tiempo suficiente para que el hueso sane. Un fémur fracturado y recuperado es evidencia de que alguien se tomó la molestia de quedarse con el herido, cuidar la herida, llevarlo a un lugar seguro y contribuir a su recuperación. Mead afirmó que la civilización en nuestra especie comienza cuando ayudamos a aquellos que lo necesitan.

Al reflexionar sobre esto, me percaté de lo diferente que sería nuestro mundo si midieramos nuestro progreso no solo por parámetros económicos o acceso a la educación, sino también por el nivel de compasión que somos capaces de manifestar hacia nuestros semejantes. Claro, alcanzar este estándar no es tarea fácil. La primera persona que curó un fémur tuvo que quedarse atrás y exponerse al peligro para asegurar la supervivencia de uno de sus semejantes. La conducta altruista que Mead describió resuena con las palabras de Cristo durante la última cena, cuando destacó que la mejor evidencia del cristianismo es el amor al prójimo.

Expresar un amor como el que Cristo demostró conlleva asumir riesgos. Seguir el ejemplo de aquel que dio su vida por sus amigos (ver Juan 15: 13) significa amar y cuidar al prójimo, incluso a riesgo de exponer la propia vida. Sin embargo, es este tipo de amor el que nuestro mundo necesita en la actualidad, no solo la atención que envuelve ser seres humanos civilizados, sino el sacrificio inherente a ser cristianos.





Si hubiese vivido en aquel tiempo...

«Ustedes dicen: "Si hubiéramos vivido en el tiempo de nuestros antepasados, no hubiéramos sido sus cómplices en el asesinato de los profetas"».

Mateo 23: 30, PDT

¿**A**lguna vez has tenido la oportunidad de visitar un museo de historia de la humanidad? Nunca olvidaré la primera vez que presencié los artefactos de tortura que se utilizaban en los «interrogatorios» medievales. «¡Qué barbaridad!», pensé cuando escuché las crueldades a las que eran sometidos los acusados y las condiciones inhumanas en las que se cumplían las condenas en la Europa medieval. Al finalizar el recorrido quedé convencido de que: «Si yo hubiese vivido en esos tiempos, de seguro hubiera protestado y abogado por los derechos humanos». ¿Verdad?

Mi reacción ante las atrocidades del pasado constituye la esencia de lo que se denomina *presentismo*, que no es más que la «proyección de los valores del presente en el pasado».* Esta forma de pensar se ha vuelto muy común en nuestro tiempo, principalmente porque produce una falsa sensación de superioridad moral y de virtud. Lamentablemente, el presentismo suele ignorar el contexto histórico de los acontecimientos que pretende juzgar y a la vez impide ver los males del presente que a menudo toleramos porque son «normales» para nosotros.

Ahora bien, el presentismo no es único de la historia o la academia, también existe en el ámbito espiritual. Al leer en la Biblia sobre los pecados y errores de los grandes héroes de la fe, o del pueblo de Dios en sentido general, me resulta muy fácil juzgar la falta de fe de Abraham, las murmuraciones de los israelitas durante su peregrinaje por el desierto o las negaciones de Pedro.

En más de una oportunidad yo mismo me he expresado como los fariseos del tiempo de Jesús: «Si yo hubiese visto el mar Rojo abrirse en dos y el maná caer del cielo no hubiese murmurado. Yo sí hubiese creído» (Jorge Luis 3: 16). Pero mientras digo esto, al mismo tiempo paso por alto mi falta de fe a pesar de conocer las historias bíblicas.

La mejor forma de combatir el presentismo espiritual consiste en mantener una actitud equilibrada y recordar que cada generación de hijos de Dios ha tenido sus desafíos. Al mismo tiempo, hemos de recordar que los errores del pasado «se escribieron [...] para que nos sirvan de enseñanza. Y las Escrituras nos dan esperanza y ánimo mientras esperamos con paciencia hasta que se cumplan las promesas de Dios» (Romanos 15: 4).



Chistes y verdades

«Después de todo, en el reino de Dios lo más importante no es comer ni beber, sino practicar la justicia y la paz y tener el gozo del Espíritu Santo».

Romanos 14: 17, NBV

Hace algunos años leí un chiste* que me llamó la atención porque ilustra una gran verdad del cristianismo. El narrador comenzó diciendo que iba cruzando un puente, cuando vio a un caballero que se disponía a suicidarse. «¡Alto! ¡No lo hagas! Hay muchas razones para seguir viviendo», le dijo.

—¿Cómo qué? —preguntó el suicida.

—¿Eres cristiano? —preguntó el narrador.

—Sí.

—¡Yo también! ¿Eres católico o protestante?

—Protestante.

—¡Yo también! ¿Eres episcopal o bautista?

—Bautista.

—¡Vaya, yo también! ¿Eres bautista de la Iglesia de Dios o Bautista de la Iglesia del Señor?

—Bautista de la Iglesia de Dios.

—Yo también. ¿Eres de la Iglesia Bautista original o de la reformada?

—De la reformada.

—¡Yo también! ¿Pertenece a la reformada de 1879 o a la reformada de 1915?

—Soy de la Iglesia Bautista de Dios, reforma de 1915.

—¡Muere, basura hereje! —dijo el caballero mientras lo empujaba hacia el vacío.

Este chiste, que obtuvo el primer lugar en una competencia de chistes religiosos en 2005, tal vez destacó debido a su desenlace humorístico que resalta la tendencia humana a erigir barreras, separándonos a través de muros surgidos de nuestra propia imaginación. Entonces, ¿cómo podemos lidiar con esta realidad? En Romanos 14 Pablo presenta dos claves que nos pueden ayudar a vivir mejor.

En primer lugar, Pablo nos insta a no discutir sobre «opiniones» (Romanos 14: 1, RV95). Cuando tomamos una opinión y la usamos para juzgar a los demás terminamos creando categorías como «fuerte» y «débil», cuando lo mejor es que «cada uno esté convencido de lo que cree» (Romanos 14: 5). En segundo lugar, dado que tus gustos y preferencias están fuera de mi alcance, ¿en qué debo yo concentrarme? Pablo también contesta esta pregunta: «vivir en justicia, paz y alegría por medio del Espíritu Santo» (Romanos 14: 17).

Cuando me concentro en «lo que conduce a la paz y a la edificación mutua» (Romanos 14: 19) entonces serviré a Cristo, agradeceré a Dios y gozaré del respeto de mis semejantes (ver Romanos 14: 18, TLA).





Verdadera libertad

«Así que, si el Hijo los libera,
serán ustedes verdaderamente libres».

Juan 8: 36, NVI

La gran mayoría de los países cuenta con un «día de la independencia». Dicha celebración sirve para recordar la historia del país y se celebra con desfiles, comida típica y fiesta a nivel nacional. Estados Unidos celebra su independencia el 4 de julio; México, el 16 de septiembre con el Grito de Dolores. El 15 de septiembre se celebra la independencia de Honduras, Guatemala, El Salvador, Costa Rica y Nicaragua; el 9 de julio la de Argentina; y un día como hoy la de mi país: República Dominicana.

El Día de la Independencia, cualquiera que sea la fecha en que se celebre, nos recuerda la importancia de la libertad para el ser humano. A lo largo de la historia, hemos librado batallas sangrientas en busca de ese anhelado sueño. Sin embargo, ¿qué significa verdaderamente ser libre? En la actualidad, es común observar cómo diversos grupos salen a las calles para exigir mayores libertades frente a los gobiernos. Por ejemplo, el movimiento de las criptomonedas no es sino un intento de «independizar» la economía de las restricciones impuestas por los gobiernos y los bancos centrales.

No obstante, hoy más que nunca somos esclavos de las redes sociales, de la avaricia, de la envidia y de la codicia, del alcohol, del tabaco y las drogas, del sexo ilícito y del hedonismo. ¡Eso no es libertad! Estoy seguro de que hay personas tras las rejas mucho más libres que muchos que vemos caminando libremente por las calles.

En el versículo de hoy, Jesús habló de una independencia y libertad superiores que solo él puede otorgar. Jesús ofrece liberación de la peor esclavitud existente: la del pecado. De hecho, en Lucas 4: 18, declaró que su misión consistía en proclamar “libertad a los cautivos”, y en aquella tarde de viernes en el Calvario, su clamor por la libertad resonó mucho más fuerte que el Grito de Dolores. «¡Consumado es!», exclamó desde la cruz, y con su sangre y su muerte adquirió nuestra libertad. Gracias a Jesús, hoy podemos ser verdaderamente libres para amar, obedecer a Dios y estar libres del pecado, siendo cautivos únicamente del amor de Cristo.

Hoy es un buen día para celebrar la libertad que tenemos en Jesús. Hoy también es un buen día para compartir ese mensaje de libertad con aquellos que lo necesitan.



¿Qué harás por tu iglesia?

«Por medio de él, todas las partes del cuerpo están ligadas y se mantienen unidas. Cada parte cumple su función y así todo el cuerpo crece y se fortalece por el amor».
Efesios 4: 16, PDT

Como resultado de la vigésima enmienda a la Constitución de los Estados Unidos, a partir de 1933, y cada cuatro años, el 20 de enero marca el inicio y final de los mandatos presidenciales de dicho país. El 20 de enero de 1961, John Fitzgerald Kennedy prestó juramento como trigésimo quinto presidente de los Estados Unidos.

En su discurso de juramentación, John F. Kennedy pronunció las famosas palabras: «No preguntes lo que tu país puede hacer por ti; pregunta lo que tú puedes hacer por tu país». Estas palabras tenían la intención de motivar a los ciudadanos estadounidenses a la acción. Tal vez te preguntes: «¿Y eso qué tiene que ver conmigo?». Bueno, ¿qué te parece si tomamos esta porción del discurso de Kennedy y sustituimos la palabra «país» por «iglesia»? La frase quedaría de esta manera: «No preguntes lo que tu *iglesia* puede hacer por ti; pregunta lo que tú puedes hacer por tu *iglesia*».

He conocido a muchas personas que consideran la iglesia como un club, donde pagan una membresía para disfrutar de una programación de calidad. Sin embargo, cuando sus expectativas no se cumplen, expresan quejas y críticas, argumentando que la iglesia «no hace nada bien». Puede que te preguntes, «Pero Jorge, ¿no debería la iglesia cuidar y sostener a sus miembros?». La respuesta es un rotundo «sí». No obstante, no podemos pasar por alto que en el texto bíblico de hoy, Pablo señala que también es responsabilidad de cada miembro contribuir al crecimiento del cuerpo en su conjunto.

Después de haber leído lo que Pablo escribió sobre la iglesia, ya no la veo como un lugar donde voy a recibir algo, sino como un lugar donde voy a darlo todo por mi Señor. Tú y yo, y todos los que formamos parte de la iglesia tenemos la oportunidad de contribuir con el crecimiento de cada uno de sus miembros mediante nuestro tiempo, recursos e influencia. Además, cada vez que asumimos una responsabilidad para dar y ayudar a otros a crecer, también crecemos y nos desarrollamos nosotros mismos. Hoy pregúntate: «¿Qué puedo hacer para que mi iglesia sea un lugar mejor?».

